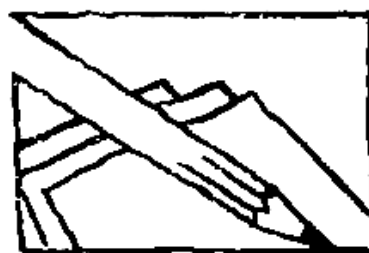


ARTE Y LITERATURA



CECICLIO ACOSTA, POETA, ANTE LA CRITICA (Notas para una crítica de la crítica)

Julio E. Miranda

Nace en San Diego de los Altos (Edo. Miranda) en 1818. Huérfano de padre en 1828, se traslada con su madre y sus tres hermanos a Caracas tres años después. En 1831 ingresa en el Seminario Santa Rosa de Lima, donde permanece hasta 1840. Cursa estudios en la Universidad de Caracas, graduándose en Filosofía (1842) y en Derecho Civil (1848), y en la Academia Militar de Matemáticas (agrimensor en 1840). Ocupa diversos cargos docentes (catedrático de Economía Política y de Legislación Civil y Criminal en la UCV) y recibe distinciones como la de miembro correspondiente de la Real Academia Española (1869). En 1846 inicia sus colaboraciones periodísticas, que se prolongarán hasta 1880. Sus ensayos, discursos, cartas, artículos abordan temas de filosofía, historia, sociología, política, filología, teología, jurisprudencia, literatura, etc. Sin intervenir directamente en las luchas por el poder, es un constante testigo crítico de su tiempo y un suministrador de ideas tan sensatas como desatendidas: creación de un Banco Agrícola, establecimiento de sociedades cooperativas, incremento de la inmigración campesina europea, enseñanza de oficios y artesanías —entre muchas otras. Su vida entera transcurre en la pobreza, soltero, junto a su madre (cuyo fallecimiento, en 1876 le afecta profundamente). Muere en Caracas —de la que nunca salió— en 1881 y es enterrado por la caridad pública. Sus *Poesías* se recogen en libro sólo en 1889 y sus *Obras completas*, cinco volúmenes, en 1908-1909; una edición más cuidada de sus *Obras completas* han aparecido en 1982, en dos tomos.^{1,2,3,4}

La incomodidad que sufre la mayoría de la crítica desde el mismo siglo XIX, ante lo poco y pobre de la poesía de Cecilio Acosta se verifica una y otra vez en la siguiente maniobra : dedicarse a hablar del hombre y del resto de su obra —ciertamente admirables— tocando sólo muy de pasada al poeta y esto ya al final, cuando su mediocridad lírica ha quedado suficientemente “disculpada”. Nadie ha ido más lejos en la operación que Oscar Sambrano Urdaneta, inventado la categoría —por lo menos asombrosa— de “gran poeta en potencia” para aplicársela a don Cecilio. Sin embargo, Edoardo Crema no ha necesitado apartarse del texto para señalar, por razones específicas la importancia de un poema como “La casita blanca”: el eco de sus afirmaciones, citadas o no, se encuentra en otros comentaristas.

Así, José M. Rojas se limita a elogiar el “fecundo talento” del “escritor profundo”,⁵ Julio Calcaño lo califica de “poeta delicado”,⁶ Pedro Arismendi Britto afirma exclusivamente que es uno de los “más afectos a la prosa y con más holgura y acierto en ella”.⁷ Carlos Borges⁸ y Eduardo Carreño⁹ eluden el tema de la poesía; Rufino Blanco Fombona tampoco lo menciona, fijándose igualmente en la prosa (“es de sabor inconfundible y delicioso”) o, al dar un juicio abarcador, en todo menos en los versos.¹⁰ Otros, como Pedro César Dominici¹¹ y Julio Planchart,¹² dedican al prosista elogios más ambiguos o matizados; que van en el mismo sentido que la crítica global de Luis Correa: si afirma, por una parte; que Acosta “es una de las figuras centrales de la historia literaria en nuestro país”, agrega, por otra:

Era un contemplativo, no un místico. Le faltó aliento para dar a su palabra, henchida como el grano maduro, el surco fecundador del sacrificio. La belleza de una frase, la música de un período, la plástica de un concepto lo encadenaban al éxtasis como ciertas maceradas figuras de Zurbarán y de Ribera.¹³

Agridulce es también el trato fugaz que le da Mario Briceño Iragorry¹⁴ a su lírica, en línea y media de 32 que alaban su vida y su obra: “Poeta, sus versos tienen la sugestión de una delicadeza nunca manchada, nunca alterada “Pero, a la hora de antologizar, selecciona un texto en prosa, no un poema.

Se impone, pues, la consideración de conjunto, e incluso la vía comparativa en la que nuestro autor no sale mal parado. Así lo hace Jesús Semprum — omitiendo igualmente referirse a la poesía de Acosta—, quien lo engloba entre otros grandes de nuestras letras:

En una centuria de vida independiente que llevamos, sólo podemos citar con orgullo tres o cuatro nombres que nos honren en bellas letras: Juan Vicente González, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde; Bello no es nuestro; Baralt, tampoco. Y fijaos en que de esos tres hombres que cito, ninguno ha dejado obra que pueda ejercer influencia práctica en nuestra generación.¹⁵

La comparación con Bello, inevitable cuando se trate de “La casita blanca”, la lleva Enrique Bernardo Núñez al plano de la actitud existencial frente a la patria, siendo Acosta el ejemplo positivo —y sin hablar, una vez más, de su poesía:

El gran tema que se desprende de la vida y obra de Bello es su ausencia del suelo nativo. Esta, más que su obra es un hecho permanente. (...) La ausencia de Bello no puede explicarse sino porque deseaba irse. (...)

El caso opuesto es el de Cecilio Acosta. El que no deja su país, porque es el suyo. El que no habla de reconquistarlo porque lo posee en la mente y en el corazón. Son los dos tipos, el que se va y el que se queda, porque en realidad ama su tierra y no quiere, no puede irse. Prefiere hacer aunque sea un poco en su propio país, aunque otro le ofrezca mayores ventajas. Entre el ejemplo de Bello y el de Acosta, hallamos el de éste más entrañable, más cerca de nuestro reconocimiento.¹⁶

Esta adhesión afectiva la contrabalancea la crítica de Humberto Cuenca, dirigida también más al hombre que al poeta, más al conjunto de la obra que al poema mencionado; Acosta:

En vez de luchar aparta su vista, y sueña. Sueña con ese refugio misericordioso que simboliza, como la dicha, un rincón tranquilo: "La casita blanca" es un paisaje por dentro. (...) [Es] el sueño frustrado, la casa de Anauco en la imaginación de Bolívar (...) el rincón espiritual del poeta. "La casita blanca" es el ideal siempre insatisfecho, continuamente perseguido, pero inasible, esperanza de reposo, fuga de realidad, propósito de primavera para convalecer de la fatiga.

Pero a la casita blanca no llega el turbión humano sino en las fórmulas disecadas de los códigos; el amasijo de lágrimas y miserias, con entrañas laceradas, se resuelve dentro del determinismo sociológico; la democracia y la ciencia se basan en la selección darwiniana, que tiene todos los órdenes de la vida.¹⁷

Sin embargo, la comparación más socorrida es con Fermín Toro —respecto a cuya poesía, por cierto, la crítica suele intentar similares "disculpas"—. Entrando en la calificación del poeta, aunque con argumentos bastante endebles cuando no inválidos, Gonzalo Picón-Febres¹⁸ y Lisandro Alvarado opinan sobre Acosta.

El primero escribe: "Como poeta, tiene ya un nombre; y ese sello, por histórico, no se puede quebrantar"; afirmación cuasi religiosa hecha, además, tras el examen —ese sí elogioso— del resto de su obra, y que se aclara justamente en la comparación aludida. Pues, para Picón-Febres, Toro:

suplió, con lo selecto de su cultura intelectual, la innegable deficiencia de sus facultades poéticas. Su nombre no vivirá por sus composiciones en verso (...) sino por la majestad de su prosa y por la elocuencia de sus discursos. Lo mismo cabe afirmar en cuanto a Cecilio Acosta, a pesar de haber sido más espontáneo como poeta que Toro, y de haber poseído mayor donaire y elegancia para versificar.

Pero también compara a ambos —y ventajosamente— con Bello:

Cecilio Acosta y Fermín Toro, que pertenecen de fijo a la misma escuela literaria en tratándose de poesía, le sobrepujan en espontaneidad, en

dulzura y sentimiento.

El juicio de Lisandro Alvarado es el siguiente:

Lo más sencillo es asentar que escribió obras maestras. Cerebro de artista y de pensador, sólo don Fermín Toro se le puede comparar en la literatura patria.

(...)

Apartando el que le hayan tachado de amanerado y de imitador de Granada, es casi seguro que no ha tenido rival. Era vaso delicadísimo y sonoro que no cesaba de emitir notas vibrantes, aunque estuviese lleno, y que por especial privilegio se acomodaba a todas las modalidades del diapasón. Las ideas influyen evidentemente en el estilo, y el de Acosta podría compararse en lo filosófico y pensador a Granada, en lo gracioso y apasionado a Teresa de Jesús, en lo vigoroso y desenvuelto a Hurtado de Mendoza; y aun así acaso sería lo mejor ponerle simple y llanamente en el siglo de oro de la lengua castellana (...). Ya empleara la rima, ya la prosa, el manto de la oración se descogía con un lujo que no cansaba, con una variedad de formas que lo llenaba de atractivo.¹⁹

Para terminar con las comparaciones, señalemos las numerosas veces que Mariano Picón Salas²⁰ se refiere a Acosta, integrándolo entre los grandes de nuestro XIX: Bello, Simón Rodríguez, Juan Vicente González, Toro, Baralt, considerados en cuanto prosistas y pensadores.

.....

Los dieciséis autores hasta ahora convocados —algunos de ellos, como veremos, no se agotan con lo citado— no nos han permitido avanzar mucho en la caracterización del Acosta poeta, ya porque se desvían prudentemente ante el "obstáculo", ya porque lo despachan con una frase más o menos vaga —mientras sí se detienen a hablar sobre el prosista o el hombre—, ya porque se remiten a lo inefable (sello histórico, cerebro de artista, sin rival, etc.). De 1875, en que escribe Rojas, al 1954 de Cuenca, pasando por Alvarado (1890), Calcaño (1892), Arismendi (1895), Borges (1906), Semprum (1911), Blanco Fombona (1915) y demás, persisten las mismas actitudes, al cabo complementarias en la omisión.

Pero también las encontramos, una y otra vez, en las últimas décadas. Es "su poesía modelo de verso en nuestra lengua", escribe Pascual Venegas Filardo.²¹ "En veces hace poesía. Expresa recogidos sentimientos íntimos en formas neoclásicas", según Arturo Uslar Pietri.²² "Poeta, más lo fue por espíritu, y por la versación extraordinaria en punta métrica y poética", dice Luis Beltrán Guerrero.²³ José Luis Salcedo Bastardo²⁴ se refiere a las "flores estupendas de su lira"; Juan Liscano²⁵ a "la versificación correcta" —con lo mismo etiqueta a Toro, Ros de Olano y García de Quevedo— y lo incluye entre los poetas de estro cultivado, "capaces también de abordar con éxito la poesía sencilla y campestre", como José Antonio Calcaño, Luis Churión y otros. Pablo Rojas guardia²⁶ menciona su "sabiduría de poeta", pero habla más de la vida que de la obra y sitúa en su prosa su "cabal expresión literaria". A dicha prosa se ciñen, prudentes, Domingo

Miliani²⁷ y Augusto Germán Orihuela.²⁸ Mientras Fernando Paz Castillo se deja llevar por la dudosa pista de la "potencialidad":

Como poeta, según puede colegirse de las muestras que ha dejado, hubiera sido de los mejores dentro de la escuela horaciana en América, pero otras solicitudes (...) le distrajeran de aquella actividad.²⁹

Es con "La casita blanca" que empiezan a soltarse las plumas, aunque también se la lea como metáfora de la actitud existencial —ya lo vimos en Cuenca— o de la vida del poeta, reduciendo fatalmente su alcance: "El propio Acosta describirá más tarde, en su poema "La casita blanca", los encantos de ese virgiliano escenario" de su infancia en San Diego de los Altos —apunta Ramón Díaz Sánchez,³⁰ repetido ritualmente por Pedro Grases³¹ refiriéndose a los mismos años y escenario, "cuya delicada evocación hará el poeta en "La casita blanca"". *Delicado* va siendo ya un adjetivo pegajoso para exorcizar a don Cecilio, y Grases, en la segunda oportunidad en que lo menciona como lírico, insiste: "delicado poeta".

Por su parte, Rafael Ramón Castellanos encierra igualmente dicho texto en el círculo de lo biográfico: ese "panegírico a la estancia humilde y saturada de dulzuras montañosas":

amén del poema grande, es un lienzo ponderado con los dos cuartetos finales dedicados a la madre, porque entre ésta y su vivienda, fue feliz a su manera.³²

Desde el mismo siglo XIX —y acertadamente— la crítica distinguió este poema entre los pocos —17 en total— que nos han llegado de Acosta. Así, Felipe Tejera, que se equivoca haciendo nacer a nuestro autor en Caracas y en "la tercera década del siglo", pero no en considerarlo más poeta en su prosa que en sus versos, señala quizá el primero lo *nativo* de "La casita blanca":

No podemos decir nada acerca del señor Acosta como versificador, ya que como poeta lo es tanto en prosa que ciertos escritos suyos encierran más poesía que otros poemas rimados.

Obsérvese en aquella linda composición, la pintura local y el sabor nativo que tanto la avalora: no se ve en ella el empeño del poeta de buscar galas prestadas, para pintar cuadros de nuestra vida rústica.³³

Las antologías de poesía venezolana recogen una y otra vez este mismo texto, desde la selección de Rojas⁵ hasta la *Enciclopedia de Venezuela*,²⁵ pasando por las de Julio Calcaño,⁶ el *Primer Libro Venezolano*,⁷ Cayetano Bethencourt Apolinaris,³⁴ Barnola,³⁵ Medina,³⁶ Díaz Seijas³⁷ y Escalona-Escalona,³⁸ es decir, de 1875 a 1973.

Sin embargo, algunos antólogos han creído necesario justificar la inclusión de don Cecilio. Así, he aquí (todo) lo que escribe Escalona-Escalona sobre Acosta:

Nuestros historiadores hablan de una segunda etapa romántica [tras la de Maitín y Lozano], cuyo núcleo principal lo forman Cecilio Acosta, José Heriberto García de Quevedo, José Ramón Yepes, Eloy Escobar y

José Antonio Calcaño. Quizás sorprenda la presencia del autor de "La casita blanca" en este sitio, visto que su producción poética valiosa ha quedado reducida a esa única composición. Sin embargo, un nuevo sentido de interpretación crítica confiere al citado poema méritos suficientes como para colocar a Cecilio Acosta entre los poetas de aquella época.²⁸

En cuanto a José Ramón Medina,²⁹ tras calificar discretamente de "sereno" al poeta, que "deja muestra insuperable de su arte con "La casita blanca", delicioso cromo de rurales contornos y bien cernido sentimiento poético" (p. 6), afirma que en dicho poema ya "se encuentran atisbos nativistas" (p. 7, ambas citas del prólogo: "Poetas románticos y modernistas en Venezuela"). La respectiva justificación aparece en la ficha que acompaña los versos:

El cultivo de las letras le debe, además de sus penetrantes estudios sobre la realidad venezolana de la época, delicadas páginas líricas que le hacen merecedor de un puesto en esta antología, aunque su disposición natural no fuera exclusivamente la creación poética (p. 36).

La disculpa, pues, registrada en el rastreo de comentarios, se prolonga incluso cuando se reproduce su mayor —o único hoy legible— texto poético.

Sin embargo, al volver sobre Acosta dieciséis años después,³⁰ Medina revaloriza el poema entre las "tentativas válidas precedentes, que muy bien pudieran estimarse con el mejor rigor crítico como formas expresivas preanunciadoras del nativismo":

¿Cómo, en efecto, dejar de reconocer en "La casita blanca", de Cecilio Acosta, una página de encantador lirismo en la que alienta un reflejo nativista de señalados aciertos? Bien que dentro de su natural ubicación en el proceso romántico de la época, Cecilio Acosta logra en esa pieza de insuperable sabor venezolano describir una escena rural de inigualable precisión y vivo color costumbrista, con un suave y entrañable sentimiento paisajístico revelador de esencias y nostalgias subjetivas.

Rechazando, a continuación, "la opinión tradicional" que alega la poca obra poética de Acosta y su cualidad fundamental de pensador, y reivindicando "un nuevo sentido de valorización" al respecto, concede "alto sitio a Cecilio Acosta en la estimación de los precedentes nativistas y por extensión, en el más severo panorama de la lírica nacional, por el solo hecho de ser el autor del citado poema". Pues él y Yepes "son los representativos cabales de esa segunda etapa romántica de que hablan nuestros historiadores de literatura".

.....

Por aquí iríamos encontrando una línea de ruptura entre los estudiosos de Acosta: su pertenencia al clasicismo o al romanticismo; la cualidad nativista o criollista de "La casita blanca" —así como, en la prosa, se discutirá si es antecedente o meramente anterior al modernismo.

Vimos que Alvarado, Ujalar, Paz Castillo lo consideran clásico o neoclásico, mientras Escalona-Escalona y Medina lo califican de romántico. Medina añade —eco

ampliado del "sabor nativo" anotado por Tejera— que es precursor del nativismo; Liscano apunta —al parecer, siguiendo a Picón Salas— la dualidad cultivado/sencillo-campestre.

A su modo, ya Gonzalo Picón-Febres¹⁸ había resuelto el asunto, quedándose con las tres opciones posibles: Acosta es "neoclásico" (p. 128) pero también manifiesta una "filiación romántica" (p. 136); es "descendiente de fray Luis de León, pero con la dulcísima frescura y encantadora melodía de Teócrito, de Virgilio y Garcilaso, y con más espontaneidad que Bello" (p. 209). "La casita blanca" puede afiliarse al "criollismo" —igual que algunas piezas de J. A. Calcaño, Mata, Muñoz, Churión, Lazo Martí— y en ella:

se ve con mucho brillo el colorido local venezolano, mas no sin lamentar de paso que dicha composición no sea perfecta por las numerosas cacofonías que tiene, por no pocas anfibologías demasiado resaltantes, y por la falta de variedad en los acentos rítmicos, que descansan sobre las mismas sílabas durante muchos versos seguidos, haciéndolos monótonos (p. 228).

Con lo que, "de paso", don Gonzalo casi destroza el poema...

También Picón Salas²⁰ resuelve la disyuntiva clásico-romántica, proponiendo otra, más sugestiva: es la —ya citada en nota— "lucha entre lo popular y lo erudito, entre lo vital y lo académico", que se manifiesta en las décadas de 1840 y 1870 como:

un conflicto entre lo que podemos llamar el "nativismo", o sea el propósito de crear una temática de la tierra, y el "exotismo", o sea la imitación de la coloreada literatura romántica extranjera (p. 99).

Si como prosador, Acosta es uno de los pocos que "sabrán conciliar esta discordia", como poeta es nativista cuando:

a ratos, como en su fresca "Casita blanca", descubre un tema de idilio venezolano, impregnado de emoción labriega, de verdura, de aire y cielo matinal (p. 115).

Omar Rojas Jiménez²¹ se inclina por el neoclasicismo y el nativismo. Después de pagar tributo a cierta retórica ("iluminó siempre su vida con la llama resplandeciente de la poesía", que "también tenía su lugar en aquel cerebro prodigioso" de "un viejo apóstol con alma de poeta esencial"), califica a Acosta de "poeta de los magistrales cantos campesinos" —sin aclarar ese plural— y, siguiendo expresamente a Gil Fourtoul, afirma que con el poema tratado, "obra maestra de inspiración y de forma, hace presencia el neoclasicismo en la poesía venezolana". Destaca en "La casita blanca":

la nota criollista o nativista, valiéndose de vocablos nuestros, típicamente venezolanos. Diferencia notablemente su temática de la de aquellos románticos de su tiempo empeñados en describir un mundo y un ambiente muchas veces extraño al sentir nacional. Apunta ya, aunque débil aún, lo que más tarde debería ser fe, realidad y emoción venezolana en la robusta y trascendental poesía de Lazo Martí.

Tampoco Luis Beltrán Guerrero⁴¹ hace avanzar la cuestión mucho más allá de lo establecido por Picón-Febres —en 1906— sobre la poesía, o de las críticas a su prosa expresadas por Julio Planchart, Pedro César Dominici y Humberto Cuenca. Acosta “es apolíneo en la expresión formal de su temperamento”. “Tan sólo le sobró buena sintaxis a su estilo, exceso de perfección formal y de suavidad rumorosa en su expresión” —dicho todo esto más sobre el orador, el ensayista, hasta el conversador, que sobre el poeta. La disculpa funciona de nuevo: es por haber sido gran periodista en tan alto grado, que se “resiente la unidad de sus tareas en prosa y la parvedad de su cosecha poética”. La originalidad de Guerrero sería la de ampliar la zona elogiada de la poesía de Acosta:

Con todo, aun siendo sus versos casi siempre poesía de circunstancias (que muchas veces resulta la verdadera poesía, según Goethe), más bien de ocasión —versos de álbum, epigramas defensivos, respuestas epistolares—, sin embargo, “La casita blanca”, el epitafio sobre la tumba de una niña, y algunos otros fragmentos, jamás podrán ser eliminados de una verdadera antología de la poesía nacional.

Tan rotunda (“jamás”) generosidad nos remite a los florilegios del XIX. Pero ni siquiera en ellos admitiría Manuel Alfredo Rodríguez⁴² al Acosta poeta, considerando “objetable” su presencia —y la de muchos otros— en el *Parnaso Venezolano*⁴³ de Julio Calcaño, pues tanto él como Juan Vicente González “lograban en prosa el milagro de la poesía y disminuían sensiblemente cuando versificaban”.

En contrapartida —y volviendo a nuestra discusión sobre la escuela o tendencia de Acosta— Pedro Pablo Paredes lo incluye entre los “grandes líricos”, elogiándolo como nativista (“demostró con su único poema nativista capacidad lírica y hondura humanística singulares en nuestro medio y en su tiempo”)⁴⁴ y como el único que se mantiene fiel al clasicismo en la Venezuela romántica, de donde vendría sobre todo la vigencia de su “Casita blanca”:

¿Qué ocurre, poéticamente, en la patria? Los poetas, los escritores todos más bien, retrasados, sólo oyen lo que viene de España; o de Francia. (...) Cecilio Acosta, vuelto hacia los clásicos, es el único contenido; su “Casita blanca”, por eso, continúa, ante la sensibilidad más exigente, ante el análisis, de pie.⁴⁴

Para Rafael Angel Insausti,⁴⁵ Acosta sería —junto a Toro y Baralt— uno de los que “apenas se acercaron al romanticismo en el auge de esta escuela, y eso tímidamente”. Pero, como prosista, lo considera precursor del modernismo —siguiendo a Julio Planchart, mientras Picón Salas y Miliani lo tienen sólo por anterior a dicho movimiento.

Por su parte, Alexis Márquez Rodríguez⁴⁶ pone en duda o, al menos, atenúa considerablemente el carácter nativista de la poesía de Acosta, escribiendo que el mensaje americanista de Bello, en los dos últimos tercios del XIX, “apenas prende débil y esporádicamente en uno que otro versos sueltos de Juan Vicente González, de Fermín Toro, de Cecilio Acosta” (etc.), siendo sólo Lazo Martí quien “planta verdaderamente la poesía nativista en Venezuela”.

.....

Tres autores han entregado estudios significativos sobre la poesía de Acosta: Edoardo Crema, Oscar Sambano Urdaneta y Pedro Díaz Seijas. Al primero le debemos la revalorización de "La casita blanca", entendida como un jalón fundamental dentro de la progresiva conquista del paisaje venezolano iniciada por Bello; éste se quedaba en lo general, en lo indeterminado, en lo sintético, a la manera de los pintores primitivos, mientras Acosta alcanza —y gana para todos— la concreción. Así, escribe Crema:⁴⁷

Es con "Casita blanca", que la poesía venezolana adquiere el primer poema en que los elementos naturales aparecen *ubicados en un determinado paisaje*, y no *yuxtapuestos*, y el paisaje se disuelve en todos sus detalles característicos y vitales: y Cecilio Acosta pudo realizar esta revolución, que en la historia del arte equivaldría a la de Giotto, porque en ciertos momentos de su actividad poética se sumió en la contemplación del paisaje, no sólo sin preocupaciones extrañas a su contemplación, sino también sin contraponerlo, como lo había hecho Bello, al paisaje y la vida de la ciudad.

Una mirada pues, con:

nada de moralejas, o filosofía, nada de invitaciones, nada de indignación: todo es visto con ojos puros, *directamente*: y es visto a través de todos los sentidos.

No se trata, entonces, de que haya en el texto "atisbos nativistas" o de que su poesía "sencilla y campestre" lo acerque a lo popular, por no decir lo nacional; no se trata, al menos, sólo de eso, sino de que constituye una realización importantísima, capaz de marcar un antes y un después en ese mismo movimiento (llámase nativista, criollista, neoclásico, romántico o lo que se quiera) de captación y expresión de lo venezolano.

Además de estos que llama "valores relativos" del poema, Crema destaca igualmente sus "valores absolutos", centrados en "lo amoroso" que:

insiste, en realidad, a través de todo el poema, aunque no cuaja en ninguna imagen definida: antes bien, aunque la imagen femenina esté *como disuelta en el paisaje*, y su omnipresencia sea inmaterial.

(...)

Es la presencia inmaterial de una mujer, la que da al paisaje como una *unidad de acción*: o de *protagonista*, si así pudiera llamarse. Pero el poema tiene otra unidad, de carácter estético esta vez: y es, su *constante tonalidad idílica*, a cuya intensidad contribuye, exactamente, la omnipresencia invisible de la imagen femenina (...) que se diluye en el paisaje sin ningún esfuerzo, panteísticamente.

Todo lo cual resume Crema, al final de su trabajo, de la siguiente manera:

Uno de sus valores relativos, reside en aquel cantar elementos y aspectos de la naturaleza venezolana, de manera que aparezcan, no desatados

unos de otros y *yuxtapuestos paralelísticamente*, sino enlazados entre sí, en un determinado y viviente paisaje; otro valor relativo, reside en aquel haber abandonado, el poeta, el milenarismo contraste entre la ciudad y el campo, y la finalidad práctica, didáctica o moralizadora, para sumirse en la contemplación directa del paisaje en sí. Y los valores absolutos le vienen al poema, de aquel haber enfocado el paisaje *desde una pura emoción idílica* que, a través de una imagen femenina, omnipresente en su invisibilidad inmaterial, atrae en el foco de la imaginación sólo aspectos y elementos risueños, hermosos, pacíficos.

Al otro extremo de la relectura hecha por Crema, quien trabajó el texto de Acosta en sí mismo y en el marco de la poesía del XIX, se encuentra la red de justificaciones extrínsecas tejida por Sambrano Urdaneta con factores históricos, opiniones, testimonios, etc. En las seis páginas que dedica a "La vertiente literaria" en su *Cecilio Acosta*,² escribe:

Y dentro de aquel signo de convulsiones internas, de búsqueda de caminos para la República recién nacida, de luchas ideológicas que reclamaban lo más vivo de emociones e inteligencias, Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta son exponentes de pensadores y no de creadores literarios (p. 89).

(...)

En él [Acosta], la condición de poeta, de creador literario, es una segunda naturaleza, un tanto postiza, que se manifiesta ocasionalmente en algunos versos, poemas y ensayos, de una parte; y de la otra, es la expresión de una recia y consciente voluntad de estilo, de escribir bien y con elegancia, con orden y claridad, que ampara de un modo general todos sus escritos, incluyendo los más íntimos y modestos. De modo, pues, que si sus composiciones propiamente literarias no representan ni lo mejor ni lo más significativo de su obra, el prosista de trazo seguro, de frase sentenciosa, de orquestación clásica de la frase está presente en todo momento (pp. 90-91).

(...)

Sería engañoso valorar a Cecilio Acosta teniendo presente sólo el puñado de poesías y de prosas literarias que escribió, en especial si se toma en cuenta que sus breves y eventuales incursiones al campo literario han sido parcamente enjuiciadas por el mismo Acosta, y explicadas, por quienes lo conocieron personalmente, como simple pasatiempo y condescendencias suyas (p. 91).

Esto es lo sustancial de la consideración de Sambrano Urdaneta, quien pone al pensador —y al hombre— por encima del prosista, y a éste por encima del poeta, sin mencionar siquiera "La casita blanca" —aunque la recoja en la breve antología que cierra el libro—.

Doce años después,⁴⁸ volviendo sobre el tema, la disculpa evoluciona arriesgadamente hasta producir la categoría de "gran poeta en potencia", en un estudio cuyo desglose cuantitativo es casi el modelo ideal de las maniobras anteriores: de un total de nueve páginas, página y media trata de la prosa de Acosta; otra página y media, de sus ideas sobre poesía; dos páginas y media detallan las circunstancias que alejaron a don Cecilio del cultivo de la lírica y exponen el conflicto entre el contemplativo y el activo, así como la conciencia que él tenía del problema y de la gran responsabilidad literaria que significaba la poesía (por ello "no se consideró con méritos para que lo llamaran poeta"; y "de las mil setecientas y tantas páginas que suman sus *Obras* sólo sesenta y cinco corresponden a sus versos", es decir, menos del 4%); página y media cita opiniones de otros críticos; finalmente, dos páginas retoman su propio juicio sobre la poesía de Acosta, ya expresado, y llevado ahora hasta lo siguiente:

No tengo la menor duda de que Cecilio Acosta fue un gran poeta en potencia. Sólo le faltó, quizá, una ejercitación más continua del lenguaje poético, una dimensión íntima e inalienable donde liberar su imaginación. Tal vez ni el país en que vivió, ni su propia conciencia de luchador, se lo permitieron.

Con esta operación de índole idealista, que se atrinchera más acá del texto en una potencialidad inverificable, no hace por otra parte Sambrano sino desarrollar lo que ya estaba en Lisandro Alvarado ("cerebro de artista"), Paz Castillo ("hubiera sido de los mejores"), L.B. Guerrero ("Poeta, más lo fue por espíritu"), etc.

Pero, en el mismo año,⁴⁹ Sambrano formula con discreción casi desalentada un juicio del que desaparece toda disculpa, aunque siga flotando cierto leve aire "potencial" en estas líneas —las únicas referidas a la poesía en su "Introducción" a las *Obras completas* de Acosta:

Como poeta, Acosta se sitúa entre quienes no alcanzaron a desarrollar plenamente su inspiración ni su dominio del lenguaje poético. Su composición más conocida es "La casita blanca" (1872), escrita y publicada en homenaje a su madre. Se trata de una evocación idílica de los años de su infancia campesina en San Diego de los Altos.

Al menos tres veces ha escrito Pedro Díaz Seijas sobre la poesía de Acosta. La primera⁵⁰ es la menos interesante. Hablando sobre todo del hombre y del prosista, escribe:

El hombre serio y reposado; el académico severo y justo; el teólogo de insospechado fervor; el economista y educador de reputada fama que habían en Cecilio Acosta, eran sintetizados por un gran corazón rezumante de humanidad y de poesía.

Como no aclara la calidad de la poesía que rezumaba, nos quedamos en la "potencialidad". En cuanto al poema, lo entiende en clave de ternura:

algo así como la sal espiritual de esa misma vida. En aquella real o ansiada "Casita blanca", donde la paz de las palomas, y el perfumado ambiente de los huertos, constituyen una suerte de idílica morada, está toda una teoría íntima de la ternura. Una teoría que servirá de *leit-motiv* para todas las manifestaciones humanas de Cecilio Acosta.

La segunda vez,³⁷ que reproducimos in extenso, sintetiza las opiniones más sensatas, exponiéndolas con claridad pedagógica:

Como poeta, Cecilio Acosta deja escasa producción. Siguiendo la costumbre de la época esparce sus composiciones en verso en los álbumes de sus amigas y de sus admiradoras. Su labor, por lo tanto, en el campo de la poesía, aparece como un oasis en medio de sus graves quehaceres de científico y de humanista. Su obra literaria, pertenece al neoclasicismo. Los grandes maestros del Siglo de Oro español, guiaron sus primeros pasos. En contraposición al desquiciante subjetivismo que había caracterizado a los románticos, Acosta es equilibrado y objetivo. Por eso en vez de Zorrilla, Hugo, etc., lee a Fray Luis de Granada, a Mariana, a Calderón, a Cervantes. Para él la pureza de la lengua, es una de sus preocupaciones fundamentales. No es sin embargo un reaccionario, ni un frío preceptista. Tiene ideas avanzadas y vitales sobre literatura y arte. Su más importante poema, "La casita blanca", responde a su formación clásica. Castigadas estrofas, como la de sus maestros, componen el poema que ofrece a su buena madre. Pero no se queda en el equilibrio de la expresión poética, el significado de esta composición de Acosta. Con la corriente de vuelta a la naturaleza que había inaugurado Bello en sus primeros poemas de la Caracas colonial y ratificado después en su "Silva a la agricultura de la zona tórrida", se emparenta el fresco poema de Cecilio Acosta. No creemos que sea necesario pedir otras muestras más abundantes al humanista, para asignarle un sitio importante en la evolución de la poesía nativista venezolana. Con "La casita blanca", basta. El clima del poema y cierta audacia en la concepción de las figuras, le dan una descollante importancia en la historia de la poesía venezolana.

Frente a la poesía de concursos y de tono grandilocuente, en la que se notaba la ausencia del calor de la tierra, el amor hacia nuestras cosas, el latir de la vida, Acosta ofrece un poema en que revive el paisaje de su infancia matizado de idílicas evocaciones.

(...)

Acosta utiliza como materia prima de su poesía, la misma que años más tarde va a manejar con extraordinaria propiedad Francisco Lazo Martí. No obstante Acosta que ve en la poesía como un desahogo a sus graves preocupaciones intelectuales y atiende a las influencia de su formación inicial, no puede para su época encontrar la justa dimensión nacional de su acento poético. Así "La casita blanca" queda como una feliz tentativa dentro del movimiento nativista, que culmina a fines del siglo XIX con

la creación maestra de Lazo Martí: "Silva criolla" (pp. 276-277).

Al fijarse más en el contraste de Acosta con Lazo que con Bello, e ignorando lo establecido por Crema, resulta un poco difícil mostrar la "descollante importancia" de este poema entre nosotros: el "clima" y "cierta audacia en la concepción de las figuras" suenan insuficientes. Sin embargo, Díaz Seijas seguramente conoce la interpretación de Crema y en realidad parece estarle respondiendo sin nombrarlo. Esto se nota más en el estudio publicado dieciséis años después,⁵¹ en el que Díaz Seijas vuelve sobre "La casita blanca" para probar su carácter clásico y compararla de nuevo con la silva de Lazo. El poema de Acosta es:

el que le da mayor consistencia dentro de la literatura venezolana, al lado de algunos de sus discursos y cartas; en él, las "influencias confluyen hacia un definido universo clásico",

y:

a través de elementos de la realidad, el poeta conforma una naturaleza de equilibrados contornos en la que en ningún momento, la nota delirante, que fue típica de los románticos, altera esa majestad de la imagen idílica y eglógica, digna de Teócrito, de Virgilio o de Garcilaso.

Tas un breve análisis del texto, concluye:

puede afirmarse sin temor a equivocaciones, que "La casita blanca" es un poema de un admirable equilibrio clásico, tanto en su nivel fónico, como en su nivel semántico.

En cuanto a su situación dentro del nativismo, y retomando parte de lo dicho sobre su clasicismo, finaliza:

No seríamos sinceros, si pregonáramos que Acosta es el fundador del nativismo venezolano en el campo de nuestra poesía. Ciertamente el nativismo poético, que alcanza entre nosotros su plenitud con Francisco Lazo Martí, se caracteriza por una materialización del paisaje, más que por una idealización. Las palmas, los esteros, las garzas, las colmenas, los curujules, los mereyes, los orores que canta Lazo Martí, no están en el plano de los deseos, de la evocación, como los diversos elementos en "La casita blanca", sino que están cargados de una vital e impresionante fuerza que sacude el mundo de nuestros sentidos.

Indudablemente en el nivel semántico, el poema de Acosta, sin ahondar demasiado en su proyección significativa, muestra todas las características, que un poeta clásico tenía que imprimir a su contacto con el mundo exterior. Por encima de todo, la naturaleza estaba sujeta a su dosis de verosimilitud. Sólo lo verosímil era capaz de mantener el equilibrio de la significación. Por eso "La casita blanca" no deslumbra a nadie con audacias, que vayan más allá de lo que el poeta pudo captar y experimentar en el mundo de los objetos, de la realidad que lo circundaba.

Asimismo, en el nivel fónico Acosta como poeta, se mantiene con toda prudencia apegado a los lineamientos que en su tiempo, conformaban rigurosamente el esquema del verso clásico.

(...)

En la poesía venezolana, con razón, "La casita blanca" ha sido vista como un poema, si se quiere aislado, de todo lo que ha significado proceso en la conformación de tendencias literarias entre nosotros. Es un esfuerzo respetable de un humanista, cuya sensibilidad pudo vibrar al contacto de una naturaleza que se hizo realidad ideal en el universo de sus signos preferidos. Aparecido en la segunda mitad del siglo XIX, en pleno apogeo del romanticismo, especialmente en nuestros países hispanoamericanos, el poema sin embargo, es muestra de una bien conservada raíz clásica, producto sin duda, de todo un largo proceso formativo que se traduce en código del clasicismo del autor.

Desde el punto de vista semántico, "La casita blanca" es toda una connotación en la que desfilan las más sugestivas imágenes del campo y surge como antítesis la imagen de la ciudad, sin que llegue a la expresión, consumida tal vez en eso que en el lenguaje poético ha llamado Iuri Tinianov "indicio fluctuante".

A cien años de la muerte de Acosta, el paisaje de su lar nativo, permanece intacto en la expresión de esa realidad interior, que logró derramar en los signos de su más importante poema, como síntesis de su propia personalidad.

.....

Es posible que, con lo escrito por Díaz Seijas, pueda darse por establecido el clasicismo no sólo de "La casita blanca" sino de toda la poesía de Acosta, pero sin olvidar cierta infiltración romántica. La pertenencia del poema al nativismo estaría también probada, afiliando a don Cecilio a dicha corriente a título de precursor —entre otros autores y dándole a la afirmación el énfasis que se quiera. Queda en pie la importancia señalada por Crema en cuanto a la concretización del paisaje venezolano en el texto mencionado, avanzando un paso más allá de Bello pero sin llegar a la detallada materialización de Lazo. Por lo demás, es casi unánime la opinión de que "La casita blanca" resulta el mayor —o en rigor, el único— aporte de Acosta a la lírica venezolana, así como la de considerarlo grande en la prosa, ejemplar en la vida, sólo relativamente aceptable ("delicado", "dulce", "sencillo", "elegante"...) en el verso.

Aunque no pretendamos exhaustividad alguna, el rastreo de estos comentarios, en un arco que va de 1875 a 1982, puede acaso servir de modelo a escala de esos cien años de crítica. Nos permitimos sugerir que, desde las intuiciones de Felipe Tejera (1881) sobre "el sabor nativo" de "La casita blanca" y sobre "que como poeta lo es tanto en prosa que ciertos escritos suyos encierran más poesía que otros poemas rimados"³⁹; y la articulación de escuelas o tendencias en don Cecilio propuesta por Gonzalo Picón Febres (1906), para el que sería "neoclásico" con una "filiación romántica" y autor de un poema incluíble en el "criollismo"⁴⁰, desde entonces, pues, poco parece haberse



NOTAS

- 1.- Lubio Cardozo, Juan Pintó y otros: *Diccionario general de la literatura venezolana (Autores)*, Centro de Investigaciones Literarias, Facultad de Humanidades y Educación, ULA, Mérida, 1974.
- 2.- Oscar Sambrano Urdaneta: *Cecilio Acosta. Vida y obra*, Ministerio de Educación, Colección Vigilia, Caracas, 1969.
- 3.- Manuel Alfredo Rodríguez: "Prólogo"; Julio Barroeta Lara: "Don Cecilio: espíritu pugnaz"; Luis Beltrán Guerrero: "Humanidad y humanismo: facetas de Cecilio Acosta"; Mario Torrealba Lossi: "La imagen de Bolívar en el pensamiento de Cecilio Acosta"; y, sobre todo, Ildelfonso Leal: "Cronología de Cecilio Acosta", en *16 estudios sobre Cecilio Acosta*, Ateneo de Los Teques, Caracas, 1982.
- 4.- También hay datos en 9, 10, 29, 30 —sobre todo este último— y otros.
- 5.- José M. Rojas: *Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos*, Jouby et Roger éditeurs, París, 1875, pp. 528 y 145.
- 6.- Julio Calcaño: *Parnaso Venezolano*, Tipografía de El Cojo, Caracas. 1892, p. 175.
- 7.- Pedro Arismendi Brito: "La poesía lírica en Venezuela", en *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*, Concejo Municipal del D.F., Caracas, 1974, p. 16 (1ª edición: 1895; el mismo texto se encuentra en 34).
- 8.- Carlos Borges: "Lirios del Avila" (1906) en *Páginas perdurables*, Biblioteca Rocinante, Caracas, 1955. Se refiere al hombre bueno y al excelso escritor en general, sin una palabra específica sobre el poeta.
- 9.- Eduardo Carreño: "Romería al pueblo de Cecilio Acosta", en *Aspectos de venezolanos ilustres*, Cuadernos literarios de la AEV, Caracas, 1945.
- 10.- Rufino Blanco Fombona: "Cecilio Acosta" (*La lámpara de Aladino*, 1915) en *Ensayos históricos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981, p. 321, y:

Cecilio Acosta merece especial recordación porque fue uno de los mayores prosistas de la lengua castellana en todos los tiempos, porque fue pensador osado, gran jurisconsulto, espejo de rectitud y paradigma de virtudes ciudadanas (p. 320).
- 11.- Pedro César Dominici: *Tronos vacantes*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1977 (1ª edición: 1924). Ignorando siempre al poeta, en "Cecilio Acosta" habla de "las prosas perfectas" —discursos, cartas, estudios— de "uno de los más perfectos prosadores de habla castellana" (p. 243). Pero matiza en "Glosa":

La hermosura de su estilo adolecía del defecto de los circunloquios tan gratos a los escritores que se ejercitan imitando a los clásicos españoles (...) y se solazan en interminables juegos de sintaxis amaneradas, y de antiguos vocablos remozados con mudas y afeites, para hacer brillar una pequeña idea más

antigua todavía, con aspiraciones de cosa rara y novedosa (p.248).

- 12.- Julio Planchart: *Tendencias de la lírica venezolana a fines del siglo XIX*, Cuadernos literarios de la AEV, Caracas, 1940. Refiriéndose a "la tradición literaria venezolana", que sería "la tendencia de darle más valor al estilo que al fondo, o a lo menos a cargar aquél de flores y lindezas" (p. 56) e insistiendo en "la elegancia del estilo", escribe:

El escritor venezolano típico desde este punto de vista es Cecilio Acosta, el Saturno de los modernistas criollos. Saturno por idea de padre, de antigüedad y grandeza, no por cruel filicida, que la idea de crueldad no cabe junto a la que produce la mansedumbre casi franciscana del dulce Cecilio y, porque a sus hijos literarios, los modernistas venezolanos, de conocerlos, los hubiera acogido gozosa y paternalmente enternecido. Cómo maravilla la prosa de este melificador del estilo, y hasta diré, cómo cansa. Qué tejer y entretejer de palabras; qué empeño en dejar traslucir continuamente el estado emocional; qué usar de las figuras de pasión, qué gusto por precisar lo impreciso, por matizar con el calificativo, por encerrar en síntesis grandes períodos de la historia, caracteres de hombres y condiciones de escritores, qué amor tan continuo a lo lapidario. Ello admira, porque Cecilio poseía un don estupendo para realizar su propósito, pero fatiga tanto amor al rodeo y saboreo de la palabra (pp. 59-60).

Es probablemente Planchart el primero que califica al Acosta prosista de precursor del modernismo venezolano, Pero, aunque su ensayo trata sobre poesía, nada dice de él en cuanto poeta.

- 13.- Luis Correa: "Cecilio Acosta. Ideas políticas", en *Terra patrum*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1961, 3ª edición (1ª ed.: 1930), pp. 151 y 159.
- 14.- Mario Briceño Iragorri: *Lecturas venezolanas*, C.A. Editorial Las Novedades - Peuser S.A., Buenos Aires, 1945, 4ª edición (1ª ed.: 1926), p. 351.
- 15.- Jesús Semprum: "La revolución de la independencia y la literatura" (1911), en *Crítica literaria*, Ediciones Villegas, Caracas, 1956, p. 33.
- 16.- Enrique Bernardo Núñez: "La ausencia de Andrés Bello", en *Bajo el samán*, Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, 1963, p. 101. Otra elogiosa referencia a Cecilio Acosta se encuentra en *Una ojeada al mapa de Venezuela*, Cuadernos literarios de la AEV, Caracas, 1939, pp. 20-22:

Siempre existió ese divorcio entre el pensamiento de los hombres cultos y la realidad (...) Hacia la mitad de la pasada centuria, señalada con rojo fulgor de revueltas, encuentra sus cimas más áridas e inclementes aquel divagar sin término. (...) Acaso por cierta ternura que lo preservaba y hacía permanecer fiel a sí mismo, Cecilio Acosta comprendió mejor que cualquier otro de sus contemporáneos la realidad venezolana. Por eso diremos que los poemas de nuestro pensamiento son nuestros problemas, es decir, los problemas de la tierra y de los hombres al cual está unida. Sólo la obra que conduzca a ellos por caminos vibrantes de sinceridad podrá ser en verdad poesía.

- 17.- Humberto Cuenca: *Biografía del paisaje*, Cuadernos literarios de la AEV, Caracas, 1954, p. 102.
- 18.- Gonzalo Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*, Ed. Ayacucho, Buenos Aires, 1947, 2ª edición (1ª ed.: 1906), pp. 145, 266 y 253.
- 19.- Lisandro Alvarado: "Cecilio Acosta", en *Antología*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1959, p. 203.
- 20.- Mariano Picón Salas: *Estudios de literatura venezolana*, Edime, Madrid, 1961. Refiriéndose sobre todo —o exclusivamente— al prosista, escribe:

La lucha entre lo popular y lo erudito, entre lo vital y lo académico, será rasgo determinante en nuestra Literatura de 1800. Pocos autores como Toro, González, Acosta sabrán conciliar esta discordia (p. 68).

Y:

La generación que se ha revelado en la década (1830-1840) señala tres grandes maestros: Fermín Toro, Rafael María Baralt y Juan Vicente González. Ellos serán, antes que se destaque la obra de Cecilio Acosta, los más grandes prosadores de la Venezuela neoclásica y romántica (p. 73).

Pero, por sobre todo, Acosta:

Es un poco el tipo de escritor enciclopédico que necesita un pueblo nuevo y todavía informe, donde no se separan bien las profesiones y oficios literarios (p. 112).

También en dos ensayos —pero no, precisamente, en el dedicado a la poesía: "Paseo por nuestra poesía (de 1880 a 1940)" — de *Comprensión de Venezuela*, Monte Avila, Caracas, 1976 (1ª edición: 1949) habla Picón Salas de Acosta. En "Proceso del pensamiento venezolano" lo incluye —y a Toro— entre los "héroes civiles" del XIX, equiparables a los de la Independencia (p. 115) pues dejaron "aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fue el mensaje intelectual de un Fermín Toro o de un Cecilio Acosta" (p. 117); este último "fue uno de los hombres que entre los años 60 y 80 tuvieron una visión más aguda de los problemas y urgencias nacionales" (p. 121). En "Notas sobre el problema de nuestra cultura", sitúa a Acosta, Simón Rodríguez y Bello "entre los más grandes pensadores y filósofos de la Educación que puede ofrecer la América Latina" (p. 160). Aún en "Venezuela: algunas gentes y libros", en el volumen colectivo *Venezuela independiente*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962, incluye la prosa de don Cecilio —junto a la de González, Toro y Baralt— entre lo poco susceptible de ser leído de nuestras letras, tras los escritos de Bello y Bolívar y hasta la llegada del modernismo:

¡Y qué buena prosa se lee, también, en las cartas, tratados y discursos de Cecilio Acosta! (p. 11).

- 21.- Pascual Venegas Filardo: reseña de "Páginas Escogidas" de Cecilio Acosta recopiladas por J. A. Cova, en revista *Viernes*, Nos. 13-14, agosto-setiembre, 1940.
- 22.- Arturo Uslar Pietri: "Cecilio Acosta y la gentil libertad", en *Letras y hombres de Venezuela*, Edime, Madrid, 1958, 2ª edición, p. 182.
- 23.- Luis Beltrán Guerrero: "Cecilio Acosta", en *Candideces*, sexta serie, Ed. Arte, Caracas, 1969, p. 160.
- 24.- José Luis Salcedo Bastardo: "Prefacio" a su selección de Cecilio Acosta: *Doctrina*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1950, p. XII.
- 25.- Juan Liscano: "Introducción" a "La poesía" (antología), en *Enciclopedia de Venezuela*, Editorial A. Bello, Barcelona (España), 1973; Tomo X, pp. 11 y 14. En "Ciento cincuenta años de cultura venezolana", en el volumen colectivo *Venezuela independiente*, Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962, aparte de decir que entre muchas otras cosas escribió poemas sueltos, lo elogia —junto a Aristides Rojas— como prosista y sobre todo como intelectual. Tras la grandilocuencia romántica, ellos dos "anuncian la transición hacia nuevas posiciones intelectuales":
- Ambos previeron la reacción positivista y no trataron, como otros, de refugiarse en el arcaísmo neoclásico o en la exaltación verbal del seudorromanticismo para sortear las corrientes de la época. Son hombres de transición (p. 571).
- Y: "Oasis de lucidez, de sinceridad espiritual, en una época de ficción" (p. 572).
- 26.- Pablo Rojas Guardia: "Evocación de Cecilio Acosta" en *Diálogos sobre poesía y literatura*, Monte Avila, Caracas, 1972, p. 26.
- 27.- Domingo Milliani: *Vísperas de modernismo en la poesía venezolana*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1968. Acosta sería el último prosista anterior a las corrientes innovadoras" del modernismo (p. 4).
- 28.- Augusto Germán Orihuela: "Homenaje a Cecilio Acosta (en el 163 aniversario de su nacimiento)", en *La identidad por el idioma*, Academia Nacional de la Historia, Colección El Libro Menor, Caracas, 1982:
- Esos dos géneros literarios, en los cuales Acosta es un verdadero maestro, son la oratoria y el ensayo (p. 62).
- 29.- Fernando Paz Castillo: "Cecilio Acosta", en *Reflexiones de atardecer*, Ministerio de Educación, Caracas, 1964, tomo I, p. 87.
- 30.- Ramón Díaz Sánchez: *Cecilio Acosta*, Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, Caracas, 1981 (1ª edición parcial: 1953), p. 13. Es todo lo que dice sobre su poesía en un libro entero, desde luego sumamente elogioso hacia el prosista y el hombre:

Pocos prototipos positivos puede presentar Venezuela al estudio de las nuevas generaciones. Entre ellos hay que colocar, como uno de los más

puros, a Cecilio Acosta, ejemplo del intelectual en el que se conjugan la hondura y el equilibrio del pensamiento, la rectitud y el valor moral, la limpidez del estilo y una fuerza consciente y deliberada de sacrificio que le presenta, en ocasiones, como un maniático de la renunciación (p. 81).

Díaz Sánchez también habla de diversas facetas —menos la poesía— de Acosta en: "Cecilio Acosta, un bolivariano" (*Diez rostros de Venezuela*), en *Obras selectas*, Edime, Madrid, 1967.

- 31.- Pedro Grases: "El ideario político de Cecilio Acosta" (1961) y también en el "Prólogo", ambos en *La tradición humanística* (Obras, tomo 5), Seix Barral, Barcelona, 1981, pp. 655 y XIX.
- 32.- Rafael Ramón Castellanos: "Cecilio Acosta en la intimidad", en *16 estudios...*³, pp. 48 y 52.
- 33.- Felipe Tejera: *Perfiles venezolanos*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1973 (1ª edición: 1881), p. 159.
- 34.- Cayetano Bethencourt Apolnaris: *Parnaso Venezolano*, Casa Editorial Maucci, Barcelona (España), 1906.
- 35.- Pedro Pablo Barnola: *Las cien mejores poesías líricas venezolanas*, Lit. y Tip. Casa de Especialidades, Caracas, 1943 (1ª edición: 1935).
- 36.- José Ramón Medina: *Poesía de Venezuela. Románticos y modernistas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1966.
- 37.- Pedro Díaz Seijas: *La antigua y la moderna literatura venezolana*, Ediciones Armitano, Caracas, 1966.
- 38.- José Antonio Escalona-Escalona: *Antología general de la poesía venezolana*, Edime, Madrid, 1966; la cita es del "Prólogo", p. LV.
- 39.- José Ramón Medina: *Los homenajes del tiempo*, Monte Avila, Caracas, 1972, pp. 241 y 245.
- 40.- Oscar Rojas Jiménez: "Lírica y paisaje en Cecilio Acosta", en *Paisajes y hombres de América*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1954, pp. 160, 162, 164, 170, y 166.
- 41.- Luis Beltrán Guerrero: "Humanidad y humanismo: facetas de Cecilio Acosta", en *16 estudios...*³, pp. 71, 69-70 y 75.
- 42.- Manuel Alfredo Rodríguez: "Julio Calcaño, ruiseñor con espuelas", en *El Nacional*, suplemento especial del Ateneo de Caracas, 20/2/80.
- 43.- Pedro Pablo Paredes: *El soneto en Venezuela*, Biblioteca Popular Venezolana, Ministerio de Educación, Caracas, 1962, pp. 196 y 194.
- 44.- Pedro Pablo Paredes: "Estudio preliminar" a la obra de J. A. Pérez Bonalde, Colección Clásicos Venezolanos, Academia de la Lengua, Caracas, 1964, tomo I, p. XIX.

- 45.- Rafael Angel Insausti: "Estudio preliminar" a la obra de *Pedro Emilio Coll*, Colección Clásicos Venezolanos, Academia de la Lengua, Caracas, 1966, p. XIII. Como prosista, lo caracteriza así:

Igual que el de José Martí, el estilo de Cecilio Acosta mana de los hontarares del Siglo de Oro español, pero es moderno, vital, y su entraña guarda mucha sustancia de porvenir, como el de aquél. (...) Si en la cadencia de sus períodos y en el brillo de sus ideas e imágenes hay que buscar el secreto de su poder de seducción, mayor cuando trata las más áridas cuestiones de sociología, economía o derecho, es en la sabia prodigalidad de incisos y de verbos donde se concentra el dinamismo y la fuerza de su estilo. Incisos y verbos se agolpan y así van las cláusulas a paso de carga (pp. XIV-XV).

- 46.- Alexis Márquez Rodríguez: "Prólogo" a Alberto Arvelo Torrealba: *Obra poética*, Dirección de Cultura, UCV, Caracas, 1967, p. 7.
- 47.- Edoardo Crema: "Valores relativos y absolutos en 'Casita blanca'", en *Interpretaciones críticas de literatura venezolana*, Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas, s.f., pp. 42, 43, 44, 45 y 49.
- 48.- Oscar Sambrano Urdaneta: "Cecilio Acosta y la poesía", en *16 estudios...3*, pp. 171, 174, y 177.
- 49.- Oscar Sambrano Urdaneta: "Introducción" a Cecilio Acosta: *Obras completas*, La Casa de Bello, Caracas, 1982, tomo I, p. XIX.
- 50.- Pedro Díaz Seijas: "Una página inédita de Cecilio Acosta", en *Apuntes y aproximaciones*, Cuadernos literarios de la AEV, Caracas, 1962, pp. 20 y 22.
- 51.- Pedro Díaz Seijas: "El clasicismo de Cecilio Acosta", en *16 estudios...3*, pp. 61, 62, 63, 64 y 65.
- 52.- En "Notas sobre el paisaje en la poesía venezolana del siglo XIX", revista *Zona Franca*, III época, Nº 29, mayo-junio 1982, hemos propuesto otra lectura del poema de Acosta:

"La casita blanca" es, al parecer el primer desarrollo de un paisaje concreto en la poesía venezolana, considerando además la aparición tardía de los versos de Bello ["La chacra"], la inconclusión del texto al que pertenecen y la "chilenidad" de lo descrito. No por eso deja la pieza de Acosta de pertenecer al círculo bellista, al menos en gran parte: es una aplicación del idilio campesino prometido por Bello; es una casita puesta en aquellos campos ordenados aparecidos tras el arrasamiento de la selva por la caterva servil; es una proposición en subjuntivo, tiempo de lo imaginario y de lo volitivo.

(...)

Se trata, en realidad, de una variante del edén pero en la línea de los cuentos de hadas o, mejor, de las miniaturas medievales iluminadas. La

casita blanca es un castillo encantado, que bajo su humilde apariencia encierra una princesa, y el campo todo es un *huerto cerrado* que guarda la virginidad de la doncella.

(...)

Así, el paisaje que habíamos visto sobredeterminado políticamente, lo encontramos ahora sobredeterminado sentimentalmente. Pero ya sin la queja nostálgica del desterrado por el campo de la infancia, en Bello, o la aspereza pesimista de Baralt (para quien es también campo “de mi primer amor mudo testigo”) y sin llegar tampoco a la expansión romántica que penetra la naturaleza de grandes pasiones, grandes enigmas, grandes movimientos del alma. Hay, en “La casita blanca”, un adelgazamiento de la voz hasta alcanzar el susurro, la declaración de amor musitada al oído, lo íntimo. Es, desde luego, el mejor tono de Acosta —o el único que le sale más o menos bien—.

Pero si “La casita blanca” presupone, en su idilio, los valores de la vida en el campo prometidos por Bello [en “La Agricultura de la Zona Tórrida”], lleva casi al extremo la invisibilización de lo social, es decir, al cabo, la de los protagonistas de esa vida.

(...)

Y entonces el paisaje sentimental del amor en el mismo escenario del mito agrícola de Bello se nos revela, en negativo, sobredeterminado también socialmente.